



Un mundo de riesgos globales

Juan Vázquez García
Rector de la Universidad de Oviedo

Es verdaderamente una satisfacción estar un año más aquí, en esta tercera edición representando a la Universidad de Oviedo, que se siente plenamente implicada en este proyecto que ha cuajado ya; en este proyecto que presenta un programa tan atractivo por el que quiero felicitar a UGT.

El tema que se nos plantea nos obliga a reflexionar porque seguramente después de un día tal como mañana hace un año estamos más obligados a reflexionar sobre el nuevo marco de referencia que tenemos en la sociedad, un marco de referencia, como ha dicho el sociólogo Ulrich Beck, de la sociedad de riesgo global. Hemos pasado de un mundo de enemigos a un mundo de peligros y de riesgos globales; a un nuevo juego entre actores políticos territorialmente fijos, los gobiernos, los sindicatos, y actores económicos no territoriales, las finanzas y

el comercio, es decir, en palabras directas, el capital es global, el trabajo es local.

En todo se está exigiendo ahora flexibilidad, pero eso significa redistribución de los riesgos, transfiriéndolos desde el Estado y la economía a los individuos. Estamos en un tiempo en que se ha hecho más habitual la intervención activa de ciudadanos y de jóvenes que se movilizan por cuestiones que la política excluye.

Estamos en tiempo de reinventar la política. Estamos ante una panorámica que en lo positivo nos presenta sociedades multireligiosas, multiétnicas, multiculturales y que en lo negativo nos plantea la extensión de sectores informales de la economía, la desregulación de sectores económicos y de relaciones laborales, la pérdida de legitimidad del Estado, el crecimiento del desempleo y del subempleo.

Estamos en un momento en que también emerge una nueva economía política, que deberemos llamar probablemente de la incertidumbre. Una economía en que la globalidad del riesgo no significa igualdad global del riesgo. Nadie controla esos riesgos en el mercado global y hay una especie de una nueva forma de irresponsabilidad global organizada.

Y algo debe decir la economía al respecto. La economía ha mostrado su capacidad y a la vez sus limitaciones. Se ha popularizado, seguramente mucho aunque no siempre en la dirección más adecuada. Durante décadas la gente ha podido aprender qué era la inflación de la mano de aquel malvado pollo causante de todos los males, ha entendido lo de los planes de pensiones como un atractivo proyecto relacionado con las islas vírgenes. Ha puesto rostro a las Opas y las Stock Options; ha comprendido, con la llegada del Euro, el concepto de ilusión monetaria; ha sabido que auditoría se escribe con Enron; ha aprendido que en la Bolsa, como en el Metro, antes de entrar conviene dejar salir y ha aprendido también que recesión es cuando tu vecino se queda sin empleo y depresión es cuando el que se queda sin empleo eres tú.

La economía ha avanzado además en sus instrumentos, en sus capacidades. Pero a pesar de que nuestra comprensión de los problemas económicos se ha incrementado enormemente, las desviaciones y las limitaciones de la ciencia económica en su cometido de explicar y tratar de resolver los grandes problemas de la sociedad son verdaderamente notorios y patentes. La autocomplacencia en el dominio de los instrumentos, en la formulación de preceptos y recomendaciones, muchas veces con el marchamo de pensamiento único, choca llamativamente con las frustraciones y con las lagunas en la resolución de los verdaderos problemas económicos contemporáneos. La sacralización del mercado parece destinada a creer que los mercados pueden resolver por sí mismos los problemas sociales; parece destinada a ensalzar los fallos del Estado y a encubrir los fallos del mercado; a enfrentar ambas instituciones en vez de reinventarlas, actualizarlas y de hacerlas más eficientes.

La pretendida desideologización encubre a veces una verdadera militancia ideológica; la eficiencia prima sobre la equidad. Los principios que gobiernan la asignación eficiente de los recursos priman frente a la esfera de la distribución, que acaba saliendo del campo de la economía para refugiarse en el de la ética.

Las realidades de la nueva economía, que han provocado el ascenso meteórico y el crack de los valores tecnológicos, todo en muy poco tiempo, no han sido digeridas ni comprendidas todavía convenientemente por la ciencia económica.

Los efectos de la globalización llevan camino de generar tanta controversia en la calle como los posicionamientos de la economía para apoyarla, para condenarla, en vez de contribuir a replantear la arquitectura económica internacional, que es lo que debe hacerse, y procurar una globalización más humana, efectiva y equitativa, que limite sus efectos devastadores y resulte más acorde con su mismo potencial y sus mismas capacidades.

La economía, por lo tanto, que puede parecer una disciplina árida, esotérica e incomprensible, ha de replantearse y puede

cambiar -lo ha hecho ya en la historia- las vidas de las gentes, buscar su potencial y prosperidad y eliminar la pobreza. Y ése es el verdadero potencial, el mejor, de la economía. Lo ha dicho nada menos que Stiglitz, toda una autoridad, premio Nobel de economía.

La globalización puede ser una fuerza benéfica, puede tener un gran potencial, pero está teniendo efectos devastadores. Para muchos países pobres, la globalización no está funcionando, no está mejorando las vidas de quienes necesitan más de sus prometidas ventajas. Está en aumento al brecha con los pobres y el aumento mismo del número absoluto de personas que viven en la pobreza. El problema no es la globalización, sino la forma en que está siendo gestionada, y eso es lo que hay que replantearse.

Estoy seguro de que este curso puede contribuir a todo ello. Muchas gracias.